



Opinion

USAID, su desmantelamiento y sus implicancias para el Perú y América Latina.



Lima/Paris, Febrero del 2025 -. En las últimas semanas ha resonado con fuerza el desmantelamiento de USAID por parte de la administración Trump. Si bien otros países industrializados, como el Reino Unido y Canadá, han reconfigurado en el pasado sus esquemas de cooperación internacional en función de sus intereses comerciales y de política exterior, el revuelo actual se debe no solo a las profundas consecuencias humanitarias de esta decisión, sino también a la naturaleza de sus protagonistas: el dúo Musk-Trump. Además, la creación del Departamento de Eficiencia Gubernamental (DOGE, por sus siglas en inglés), cuyo nombre coincide con una criptomoneda impulsada por Musk, ha intensificado el debate sobre el futuro de la cooperación estadounidense y sus implicancias a nivel global.

Por una política exterior basada en la autonomía

En este contexto, cabe preguntarse: ¿qué postura debería adoptar el Perú y, en general, otros países de América Latina, a la desaparición de tan importante agencia de desarrollo?

El no alineamiento ha sido una constante en la política exterior peruana. Desde las últimas décadas de la Guerra Fría, el país ha seguido la conocida estrategia de **"ni con Washington ni con Moscú"**, priorizando el multilateralismo como principio rector. Esta postura ha brindado estabilidad y beneficios políticos, permitiéndole al Perú consolidar relaciones con múltiples actores globales. Hoy, los peruanos gozan de acceso irrestricto a 100 países con un simple pasaporte, incluidos todos los países de la Unión Europea, Suiza, y UK, facilitando el comercio, la inversión y la cooperación sin restricciones derivadas de regímenes políticos.

Siguiendo esta línea, el Perú debe mantener una política realista y de respeto irrestricto a las decisiones soberanas del gobierno de Estados Unidos respecto a su cooperación internacional. En lugar de cuestionarlas, nuestros responsables políticos deben encontrar nuevas rutas de colaboración que se alineen con las prioridades de la administración de turno. No se trata de condicionar ni de someterse a la política de cooperación de un socio estratégico, sino de adaptarse con inteligencia a las nuevas oportunidades que se presenten y reducir los riesgos de confrontación.

Nuevas oportunidades de cooperación

El Perú ya ha demostrado su capacidad de adaptación en el escenario internacional. Un ejemplo claro es su participación en la Iniciativa de la Franja y la Ruta de China, cuyo proyecto más emblemático en el país es el mega puerto de Chancay, una infraestructura de capitales chinos y peruanos que conectará directamente los productos del Perú y de Sudamérica con los consumidores asiáticos vía esa ruta expresa al mega puerto de Shanghái. De la misma manera, el Perú debe generar nuevas avenidas de cooperación con la administración Trump, ofreciendo incentivos para la inversión privada de empresas e

inversionistas estadounidenses en sectores estratégicos como la minería, la agroindustria, la energía, el medioambiente y la infraestructura.

Sin embargo, es clave que estos nuevos proyectos no se planteen como una competencia directa con los desarrollos promovidos por China, la Unión Europea o Japón, sino como esfuerzos complementarios. La estrategia debe centrarse en atraer inversiones sin generar conflictos entre sus socios, maximizando las oportunidades económicas de manera equilibrada.

El Perú, como potencia media en América del Sur, debe consolidar su liderazgo en los ámbitos minero, energético, agroindustrial, forestal, ambiental y cultural, no solo como proveedor de materias primas, sino como un país capaz de aportar soluciones innovadoras y sostenibles a los desafíos regionales y globales. Entre estos destacan la pobreza y la exclusión, el cambio climático, la pérdida de biodiversidad y la contaminación ambiental, así como problemas sociales críticos como la migración masiva, la trata de personas, el tráfico de drogas y el crimen organizado. Para enfrentar estos retos, el Perú deberá fortalecer su cooperación internacional con los países de la región, Estados Unidos, la Unión Europea, China y sus principales socios asiáticos, consolidando alianzas estratégicas que promuevan el desarrollo sostenible y la estabilidad regional.

El no alineamiento como sinónimo de independencia

El Perú debe continuar con su política de no alineamiento y desideologización de sus relaciones internacionales, reafirmando su capacidad de adaptación a los cambios globales. El no alineamiento no implica neutralidad pasiva ni aislamiento, sino autonomía estratégica: la capacidad de construir relaciones pragmáticas con distintos socios sin depender de ninguno en particular.

Esta estrategia debe traducirse en beneficios concretos: consolidación democrática, crecimiento económico sostenido, estabilidad social y fortalecimiento de las relaciones vecinales. En este marco, la relación con Estados Unidos es y seguirá siendo fundamental y duradera, sin importar quién ocupe la Casa Blanca. Un enfoque pragmático y flexible garantizará que el Perú siga siendo un socio estratégico en cualquier escenario internacional.

Los países de América Latina deberían adoptar un enfoque similar, ajustándolo a sus propias realidades. México, nuestro gran país hermano y amigo, representa un caso excepcional. Su profunda interdependencia con Estados Unidos, única en la región y quizás en el mundo, lo convierte en un modelo de análisis para entender los desafíos y oportunidades que implica una relación tan estrecha con la mayor potencia global.

¿Qué sigue luego de USAID?

Es prematuro anticipar con certeza qué surgirá tras el desmantelamiento de USAID, pero es evidente que algo tomará su lugar. Lo que hasta ahora parece un plan apresurado deberá evolucionar hacia una reestructuración y reorientación de la cooperación estadounidense dentro de un nuevo marco legal y organizativo.

Desde su creación en 1961 por JFK, USAID ha acumulado lecciones fundamentales que no deberían perderse. Tampoco deben quedar en el olvido los programas nacionales que, con el apoyo y liderazgo de la agencia, han beneficiado enormemente al Perú: el desarrollo alternativo y la lucha contra las drogas, así como iniciativas sociales, forestales, ambientales y culturales.

Ante este escenario, el Perú debe asumir un rol más protagónico en la continuidad y evolución de estos programas. Más que depender de un único socio, el país debería fortalecer su oferta de cooperación internacional, ampliando su portafolio de proyectos en estos sectores clave y diversificando sus alianzas con actores tanto públicos como privados.

Hagamos un llamado a la acción, pero también a la reflexión, para que tantas **organizaciones pioneras incubadas, enseñanzas aprendidas, talentos generados y recursos invertidos no caigan en saco roto**, y para que lo nuevo se abra paso sobre bases sólidas, en beneficio del Perú, América Latina y su relación con Estados Unidos.

Por ahora, el Tratado de Libre Comercio (TLC) entre el Perú y Estados Unidos se mantiene como el principal vínculo de cooperación internacional entre ambos países. Debemos valorarlo y preservarlo en su justa dimensión, pues ha contribuido significativamente al crecimiento económico y la prosperidad del Perú en la última década.

Juan Carlos González Aybar

El autor es sociólogo y especialista en economía ambiental y mercados de carbono forestal por la Universidad de Burdeos y la Universidad Paris-Dauphine, en Francia. Es fundador y gerente de Fronterra.

Las opiniones expresadas en este artículo son estrictamente personales y no representan necesariamente la visión, estrategia o posición de Fronterra, sus inversionistas, socios o colaboradores.